

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 1.º Julio de 1893

Núm. 57

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



EN LA ORILLA

CUADRO DE MODESTO TEXIDOR

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — Dos escultores rivales, por CLARA KLEIN, traducido del inglés de *The Sketch*. — Las alabanzas (poesía), de J. AUTRÁN, traducida del francés por ADOLFO DE LA FUENTE. — La leyenda de Azenor, por A. M. — VIAJE Á LAS BALEARES: Mallorca, por M. GASTÓN VUILLIER, traducido del francés por C. V. DE V. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos.

Grabados. — En la orilla, cuadro de MODESTO TEXIDOR. — Salida á misa, cuadro de RAMIRO LORENZALE. — La leyenda de Azenor, acuarela por APELES MESTRES. — VIAJE Á LAS BALEARES: Vista de Palma. — Los *maceros* del Ayuntamiento. — Dama palmesana.



Crónica

HACE días que vienen nuevas sobre el estado de salud de M. Carnot, presidente de la República Francesa. Dícese que padece una afección hepática, la cual es de temer que se le haya exacerbado por los malos ratos que le habrán producido al presidente los discursos del ex ministro Constans, sobre todo el que pronunció en Toulouse. No es un secreto para nadie la viva oposición que existe entre los dos personajes, ni tampoco el que Constans apunte directamente á la presidencia, primero para lanzar de ella á M. Carnot, y luego para sentarse él, á serle posible, en el sillón presidencial. Lo cierto es que M. Carnot se halla enfermo de veras y que se ha hablado de una cura de aguas para atacar el mal. Parece que debería ir á Vichy, pero, según ha dicho algún periódico, se resiste á hacerlo porque no quiere que se diga que imita al emperador, quien, como recordarán algunos de nuestros lectores, contribuyó á dar importancia á aquellas aguas para buscar alivio á sus padecimientos. M. Carnot, que no quiere ir á Vichy por el expresado motivo, no tiene reparo en pasar largas temporadas en Fontainebleau, remedando en este caso lo que hacían los soberanos de Francia.

Con las noticias de la salud del Presidente iban revueltas en los mismos días las referentes á la huelga de los bolsistas y el gran premio de las carreras de caballos de Longchamps. Impuso el gobierno francés una nueva contribución sobre las operaciones de Bolsa, que principalmente perjudica á los que se llaman en París corredores particulares. La cosa fué recibida con desagrado y las casas de corretaje cerraron sus ventanillos, quedando también los corredores con las manos cruzadas, esperando así imponer su voluntad al ministerio. Y como los franceses tienen cierta inclinación á hacer chacota de todo, varios corredores, en número muy regular, realizaron, junto al edificio de la Bolsa, una mojiganga que representaba el entierro del lápiz, del lápiz que les servía para apuntar las operaciones en que intervenían. Esto, empero, no conmovió, como es de suponer, al Gobierno, que continuó firme en su acuerdo, aun cuando la situación creada por él no dejase de ser desagradable, y en último término dañosa, al Erario público.

De la enfermedad de M. Carnot y de la huelga de los bolsistas pudieron consolarse los parisienses con el triunfo que alcanzó en Longchamps, en las carreras llamadas del Gran Premio, el caballo francés *Ragotshi*, que ganó el primer premio, obteniendo el segundo el caballo inglés *Ravensbury*. El orgullo nacional quedó satisfecho. Aun cuando tengan animación en París las carreras de caballos, no constituyen allí un espectáculo nacional como en Inglaterra, en donde se hallan las verdaderas aficiones hípcas. Mucha parte del alboroto que mueven las carreras en la capital de Francia se debe al juego. Si de ellas se suprimiese el juego, es probable que menguaría en gran manera la concurrencia. No queremos decir que en Derby y en Epsom no se juegue también, mas sí que el juego en aquellos puntos es lo secundario cuando en París forma lo principal del espectáculo. Éste, además, en una ciudad aficionada al fausto, se presta para hacer ostentación de lujo en espléndidos trenes y las damas en ricos y elegantes vestidos. El Gran Premio da en París la nota de la moda para el verano.

El asunto del Panamá ha tenido una nueva escena. MM. Carlos de Lesseps, Fontaine y Eiffel, acudieron en su causa ante el Tribunal de Apelación, y éste acaba de declarar que el sumario instruido y el procedimiento adoptado contra aquellos personajes carecen de fundamento legal, y por lo tanto, deben ser considerados como nulos, favoreciéndoles la prescripción. En virtud de este fallo MM. Fontaine y Eiffel, que se hallaban en la cárcel, fueron puestos inmediatamente en libertad, no pudiendo verificarse otro tanto con M. de Lesseps, porque éste ha de sufrir condena por delito de cohecho.

Es sabido cuanto se ha hablado de la intervención de los ingleses en Egipto y de su administración. Los periódicos franceses, por ojeriza á Inglaterra y acaso por la envidia de no representar allí papel idéntico al que desempeña aquella nación, no han perdonado coyuntura para censurar y desacreditar la gestión, diciendo de ella todas las pestes imaginables. Recientemente, empero, uno de los periódicos parisienses más leídos, *Le Figaro*, ha publicado un artículo en el cual se habla de la administración inglesa en Egipto en un sentido completamente diverso del empleado hasta ahora en la nación vecina. El autor del artículo fué allá con la idea de encontrar que Inglaterra era una sanguijuela que chupaba toda la sangre del Egipto extenuándolo. Lo que vió y lo que averiguó le hizo cambiar de dictamen. «Descubrió allí — dice otro periódico que pone comentarios á *Le Figaro* — que los ingleses no enviaban allí más que administradores de primer orden, hombres que recibían, en verdad, pingües sueldos, pero que se esforzaban en ganarlos con sus servicios. En resumen, aquella administración inteligente, laboriosa y honrada, ha mejorado en su concepto el valor del capital que se le había confiado; de modo que «el cuerpo de los funcionarios ingleses» ha sabido inspirar, si no su simpatía, á lo menos el respeto general.

»Retirarla hoy de aquel campo de trabajo para reemplazarla con una administración indígena sería, según él, arruinar los intereses europeos que se han instalado en aquel suelo y que prosperan, merced á la prosperidad afianzada por el protectorado inglés. Así que el

autor ha abandonado por completo la tesis que, al marcharse, le parecía la verdad misma. El Egipto para los egipcios le parece hoy una utopía, en primer lugar, porque el Egipto, hipotecado por una serie de gobiernos execrables, no pertenece ya á los egipcios sino á sus acreedores extranjeros, entre los cuales Francia figura en primera línea; y luego, porque los egipcios, si se les entregase á sí mismos, volverían á hacer el Egipto tal como lo hicieron en tiempo de Arabi-Bajá, lo cual no es de desear.

»Si algo más notable hay que encontrar en esta opinión de un escritor francés, es verla impresa en ese oráculo del boulevard parisense que se llama *Le Figaro*.»

Seguimos con la amenaza del cólera, que Dios quiera apartar de nuestra casa. La epidemia se sostiene en el Mediodía de Francia, sin grande aumento en la mortalidad, es cierto, pero no abandonando determinadas poblaciones de regular vecindario, entre las cuales se cuentan Marsella y Cette. De más lejos también nos llegan señales de peligro. Aludimos al cólera de la Meca. Viniendo de aquel lado esta enfermedad es siempre más peligrosa, y cuando en la Meca aprieta mucho, más ó menos tarde pasa Europa por una invasión colérica. Los peregrinos que van á visitar la sepultura de Mahoma la extienden luego por la Turquía europea y por el Asia Menor, abriéndole así el camino para que pueda ir con facilidad al Occidente de Europa.


B.

Dos escultores rivales

POK

CLARA KLEIN

I



UNA hermosa tarde del mes de Mayo estaba Pablo Denys muy atareado en su taller dando la última mano á una obra que absorbía completamente su existencia. Junto á la ventana estaba sentada una muchacha con un gran gato de Persia en el regazo. Doris Milson—que así se llamaba—podía tener unos diez y siete años y su radiante belleza tenía el puro esplendor de una mañana de primavera. Pablo veía realizado en ella la hermosura ideal de sus ensueños y el compendio de todas las gracias. Eran compañeros de infancia, y habíase acordado entre ellos que se casarían tan pronto como Pablo tuviese posición para contraer matrimonio.

Entonces era un artista oscuro y sin más capital que la confianza y la ambición del genio. Un mes antes casi desesperaba de alcanzar renombre ni fortuna en los días de su vida en aquella ignorada aldea del Devonshire donde vivía arrinconado con su madre.

La señora Denys era viuda y amaba apasionadamente á su único hijo, afligiéndola sobremedida la inutilidad de sus esfuerzos para persuadirle que abrazase una profesión lucrativa. El pobre artista vióse al cabo presa de tal des-

aliento, que ya estaba tentado de darle gusto, cuando le hizo cambiar de resolución un suceso de todo punto inesperado.

Un día, al ir á recoger sus periódicos, tendióle uno el librero diciéndole:

—Ved lo que dice ahí. Tal vez podría conveniros.

Leyó Pablo el suelto, y vió que decía que un lord muy opulento y muy conocido por la espléndida protección que dispensaba á los artistas, ofrecía un premio de mil guineas al escultor que presentase el mejor busto de mujer. Los concurrentes al certamen debían ser ingleses de nacimiento y tener concluídos sus trabajos dentro de un plazo determinado.

Pablo salió disparado, corriendo á la casita que habitaba su madre, á un extremo de la aldea.

—¡Madre! exclamó transportado de júbilo. Lea esto. Ya se ha cansado la suerte de perseguirme.

Luego puso sin más dilación manos á la obra, porque no era hombre para tenerlas un momento cruzadas cuando de tal modo le enajenaba el entusiasmo. Un mes había transcurrido desde este acontecimiento y podía decirse que el busto ya estaba terminado. Con dificultad habría podido elegir un modelo más gracioso que su amada, porque es raro encontrar una fisonomía tan admirablemente armoniosa como la de la bella Doris.

El joven artista trabajó sin descanso hasta la puesta del sol. Al levantarse tapó cariñosamente su tesoro y dijo á su novia:

—Te acompañaré hasta tu casa. ¡Qué cansada debes estar!

Respondióle ella jovialmente y salieron juntos, no sin cerrar antes Pablo la puerta del taller, como lo tenía por costumbre. Habíale dado la manía de no dejar ver á nadie el busto hasta que estuviese enteramente concluído.

Reinaba á aquella hora una calma profunda, y era un gusto andar á lo largo de la peñascosa y escarpada orilla, mientras el mar rugía sordamente en medio de la oscuridad que iba por grados envolviéndole. La joven pareja charlaba haciendo castillos en el aire. En aquellos momentos parecían hermosísima la vida y sus corazones rebosaban de gozo. ¡Si pudiésemos prever las sorpresas que nos reserva el tiempo futuro! Yo pienso que si ellos hubiesen gozado de este privilegio, hubieran deseado parar la marcha del tiempo, á fin de eternizar aquellos deliciosos instantes. ¡Ah! la dicha de este mundo es muy efímera. Los desengaños y los sinsabores acaban siempre con ella mucho más pronto de lo que podíamos figurarnos.

Pasaba la enamorada pareja por un campo de aromosa alfalfa, cuando de súbito vieron aparecer un hombre de gallarda estatura.

—Parece Jaime Grey, dijo la muchacha. No sé por qué, pero no quisiera verle en este momento. ¿Creerías que no ha vuelto á acercarse á casa desde que no consentí en que hiciese mi busto.

—No parece sino que te preocupa esa idea, replicó Pablo. ¿Te apena quizá que se aparte de tí?

—¡Quita allá! ¡qué ocurrencia! exclamó la niña. Lo que sí me disgusta es haberle causado enojo.

Hasta el día que Pablo emprendió su última obra, él y Jaime habían sido íntimos amigos. Este lazo tan estrecho y antiguo lo habían roto los celos. Jaime también era escultor, y harto se le alcanzaba que un modelo tan correcto y elegante como Doris Milson no había de encontrarlo. No se le ocultaba á Pablo la causa de aquella repentina tibieza, pero imaginábase que no podía durar

mucho; así, cuando se encontraron cara á cara, saludóle con la cariñosa afabilidad de siempre.

—¿Cómo estás? le preguntó. Te vendes muy caro. Te robará el tiempo la grande obra que estás preparando ¿no es verdad? ¿Cómo marcha?

—Bien, respondió fríamente Jaime. Supongo que la tuya debe estar casi concluida. A propósito, ¿Perseveras todavía en la firme resolución de no enseñarla á nadie?

—Por supuesto. Pero si hubiese de hacer una excepción...

—No, no; de ninguna manera, replicó Jaime interrumpiéndole. Pero hay que confesar que en otro tiempo eras más expansivo.

Así diciendo, despidióse bruscamente de ellos.

Pasaron tras esto algunos días, y, por último, llegó la hora de enviar los bustos á Londres. Pablo estaba calenturiento. Su confianza crecía por instantes, porque tenía la convicción de haber hecho una obra muy superior á lo que se había atrevido á esperar de sí mismo.

Una tarde estaba el joven contemplándola por última vez. Era realmente bella por lo primorosamente ejecutada y maravillosa por su acabada semejanza con el modelo. Estuvo unos momentos embebido en esta contemplación; luego consultó el reloj y vió que eran las cuatro y media. Doris debía haber ido á las cuatro en punto para ver el busto antes de su envío.

—¡Es extraño, porque ella es muy puntual! exclamó. ¿Qué le habrá pasado?

En esto la señora Denys entró arrebatadamente en el taller con el semblante alterado por una profunda emoción, y, como contestando á su pregunta, le dijo:

—Querido Pablo, ha pasado una desgracia. La pobre Doris ha sido atropellada por un caballo desbocado.

Pablo dió un grito, cogió precipitadamente el sombrero y corrió desolado á la casa de su novia.

—¡Pobre muchacho! exclamó su madre saliendo en pos de él. ¡Quiera Dios que Doris no nos dé un disgusto, porque á mi hijo le costaría muy caro!

Al salir á la calle encontró á Jaime Grey y contóle en pocas palabras lo que había sucedido.

La puerta había quedado entreabierta y en la casa no había nadie. En otro tiempo Jaime no habría tenido reparo en entrar y salir como si estuviera en la suya; pero las circunstancias habían cambiado y no se atrevía á traspasar aquellos umbrales. Sin embargo, aquella irresolución fué cosa de pocos momentos. Miró á derecha é izquierda para ver si podían observarle y entró. El taller estaba también abierto.

—Me lo figuré, dijo para sí, penetrando en el recinto vedado.

En aquel momento no llevaba mala intención. No le impulsaba otro sentimiento que el de la curiosidad. Harto comprendía que estaba cometiendo una mala acción; pero había hecho propósito de ver el busto á todo trance.

Aún estaba sobre la mesa, en el mismo sitio donde Pablo lo había dejado. Jaime quedó mudo de asombro al verlo. Era mucho más hermoso de lo que él se había figurado. No sólo era perfecta la semejanza material, sino que reproducía fielmente la graciosa expresión y la hechicera sonrisa de Doris. Su obra resultaba pobre y adocenada puesta en parangón con aquel inspirado engendro del genio. Hubiera sido preciso no tener ojos para no ver que era imposible disputarle el premio. Al hacerse esta reflexión recordó Jaime los desaires de Doris, y sin tener en cuenta la desgracia que recientemente había ocurrido,

sintió que le ahogaba la cólera como si le hubiesen inferido una injuria mortal.

Este sentimiento le inspiró un malvado designio, el de destruir el busto. ¿Quién había de averiguar que el atentado fuese obra de sus manos? Sin meditarlo, como obedeciendo á un impulso mecánico, dió una vigorosa manotada á aquella hermosa obra escultórica, que cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos. Luego, contento y espantado á la vez de su acción, huyó sin volver atrás la cabeza.

II

Ya había cerrado la noche cuando Pablo y su madre volvieron á casa, muy afligidos por el alarmante estado en que dejaban á Doris. Según decían los médicos, á buen librar, pasarían algunos meses antes que hubiese convalidado por completo.

Pablo se fué para el taller, porque ya no le quedaba sino el tiempo estrictamente necesario para embalar el busto y remitirlo á Londres. Buscó maquinalmente la llave en el bolsillo, y no encontrándola recordó que en su precipitación se había olvidado de cerrar la puerta. La empujó, metióse en el taller, y admiróse al dirigirse á una tablilla donde solía poner los fósforos, de tropezar con un cuerpo duro que estuvo en un tris de hacerle dar con el suyo en tierra. Poseído de un instintivo espanto encendió apresuradamente una vela y vió el pavimento cubierto de fragmentos de mármol.

—¡Gran Dios! ¿Cómo ha sido esto? exclamó viendo aquel desastre.

Parecía que era juguete de una terrible pesadilla, no atreviéndose á dar crédito á sus ojos; pero cuando éstos le hubieron convencido de la realidad del hecho cayó aplomado en una silla tapándose el rostro con las manos. En esto, el gato, que durante su ausencia había estado dormitando sobre un mueble, se le acercó, saltó á sus rodillas y acaricióle frotándose la cabeza con el pecho del angustiado artista. Éste le rechazó irritado, pensando que sólo él podía haber sido la causa de semejante desgracia.

Recogió los dispersos fragmentos de su obra, los puso sobre la mesa y estuvo un rato contemplándolos con honda amargura.

Cuando fué su madre á llamarle para la cena quedó consternada y no halló palabras para consolarle. La buena mujer pensaba también que sólo al gato podía atribuirse aquella desgracia tan trascendental para el porvenir de Pablo.

Éste quedó tan abatido y desconsolado que daba pena el verle. Jaime Grey, que en el fondo no era malo, sintió un doloroso remordimiento al verle tan triste y demudado.

A todo esto ya había enviado su obra á Londres, en donde el jurado había dictado su fallo, adjudicando el premio á un joven artista de la ciudad. El busto laureado fué expuesto al público. Jaime fué á verlo y comprendió que había privado á su amigo de ganar las mil guineas, porque el tal busto era en todos conceptos muy inferior al que Pablo había esculpido reproduciendo la agraciada imagen de Doris.

Este pensamiento causóle tal desazón, que hasta llegó á olvidar su propia derrota. No pensaba sino en la manera de indemnizar á su amigo del mal que le había hecho, y poseído de esta idea regresó á su casa resuelto á confesárselo todo. Entonces supo el percance que le había

ocurrido á la pobre Doris poniéndola á dos dedos del sepulcro.

Todos los días iba Pablo, no una, sino muchas veces á informarse de su estado, y decíanle siempre que era muy grave, y que el médico había prohibido rigurosamente la entrada en el aposento de la enferma á las personas que no fuesen de todo punto necesarias para asistirle.

Desesperado por aquella triste é invariable contestación fué una tarde á pasear por la orilla del mar ansioso de soledad. Aquel monótono rumor de las olas que rompían espumando en las peñas parecía calmar la violenta agitación de su ánimo. El sol corría á su ocaso sepultándose en el abismo de las aguas. Sus postreros fulgores teñían de arrebolados visos las nubes del horizonte. Las gaviotas volaban en todas direcciones dando agudos chillidos. Embebido en la contemplación de aquel poético espectáculo no oyó un ruido de pasos que hacia él se iba acercando. De pronto oyó una voz que le llamaba por su nombre.

Volvió el rostro y vió que tenía delante á Jaime Grey.

—¿Tú aquí? le dijo con triste acento. Hacía un siglo que no te había visto.

—He llegado ahora mismo de Londres.

Pablo no respondió. Pintóse en su semblante un dolor profundo. Pensaba en el certamen artístico y no se atrevía á pedir noticias de él á su amigo. Éste se hallaba también muy conmovido, porque el instinto del bien estaba librando con el rubor una gran batalla en su espíritu. Por fin prevaleció en él la voz de la conciencia y haciendo un esfuerzo de voluntad, dijo:

—Pablo, no culpes á nadie por la destrucción del busto de Doris, lo rompí yo.

—¡Tú! exclamó atónito Pablo. No es posible.

Pero al ver la confusión y tristeza de su semblante conoció que no le engañaba.

Jaime le hizo una ingenua confesión de sus pensamientos y sus actos, y cuando la hubo terminado, añadió con acento compungido:

—Quiero reparar el mal que te he hecho y creo haber encontrado un medio para lograrlo; pero, por Dios, dime que me perdonas.

Pablo no despegó los labios. Veíase que mil encontrados sentimientos combatían en su alma. Jaime le tendió la mano con gesto humilde y díjole nuevamente:

—Dime que me perdonas, dímelo por amor de ella.

Esta invocación hizo en su ánimo un efecto mágico. Pensó que Dios no escucharía las fervientes plegarias que le hacía pidiéndole la curación de su amada si no ahogaba el rencor que hervía en su pecho, y tendiendo á su vez la mano á su arrepentido rival, respondió:

—Está bien; por el amor de Doris te perdono.

—¡Dios te bendiga! respondió regocijado Jaime.

Echaron á andar hacia la aldea sin añadir palabra. Allí se separaron, y Pablo fué derechamente á casa de Doris para pedir noticias de su estado. Iba á llamar á la puerta cuando se encontró de manos á boca con el doctor que acertaba á salir en aquel momento.

—De mal en peor, como siempre, ¿no es verdad? le preguntó Pablo.

—¿Cómo se entiende de mal en peor? Nada de eso, respondió el médico. Vamos muy bien. Esta tarde se ha declarado una franca mejoría.

—¡Loado sea Dios! exclamó el joven transportado de júbilo.

Y al decir esto, parecía que aquella buena noticia

era la recompensa que el cielo le otorgaba por la generosidad con que había perdonado la ofensa de Jaime.

Una tranquila y poética tarde de otoño paseaban Pablo y Doris por un parque al cual los primeros fríos empezaban á despojar de sus galas. El cuadro era melancólico; pero la joven pareja hacía un dichoso contraste con aquellos detalles precursores del invierno. El rostro de la hermosa niña había recobrado casi por completo su antigua animación y sus rosados colores. Volvióse de pronto á su compañero y le dijo con gozoso acento:

—Casi podemos dar por terminado mi segundo busto. Si vale decir verdad, no sé cuál ha salido mejor, si éste ó...

—Éste, tal vez, respondió su compañero, viendo que no se atrevía á proseguir, como pesados de haber suscitado en su mente un triste recuerdo. Lo que no tenemos ahora es tantas probabilidades como entonces de encontrar quien lo compre.

—¡Quién sabe! repuso la muchacha. Después de todo, no me atrevería á decir si fuera un bien para mí que de improviso adquirieses reputación y fortuna.

—¿Es posible que eso digas, sabiendo cuánto te amo? Mira, ahí viene el cartero. Me da el corazón que trae una carta para nosotros.

En efecto, el cartero fué derechamente á ellos, saludóles y entregó á Pablo una carta cerrada con un sello heráldico. Miró el sobre y no conoció la letra. Lo rompió con febril impaciencia y vió que decía:

«Muy señor mío: Por encargo del señor marqués de Somerdene os ruego que le enviéis lo más pronto posible una de vuestras obras escultóricas. Enterado de las especiales circunstancias que os privaron de concurrir al certamen, desea poder juzgar vuestro mérito teniendo á la vista alguna obra de vuestras manos. Recibid, caballero, la seguridad de mi más distinguida consideración.

»J. BARTON, secretario particular de S. E.»

—¡Qué dicha! exclamó Doris. Pero, ¿quién puede haberle contado eso á lord Somerdene?

Pablo no contestó. Estaba profundamente conmovido. Sólo Jaime Grey podía haber enterado al marqués de lo que había pasado, y Grey no estaba entonces en la comarca. Hacía algunas semanas que se había marchado á París, en donde colaboraba á una obra muy importante.

En efecto, Jaime había querido reparar con esta buena acción el daño que había causado á su amigo.

Pablo obtuvo la protección del marqués, casóse con Doris, y hoy la feliz y hermosa pareja figura en los primeros círculos artísticos de Londres.

Traducida del inglés de *The Sketch*.



Las alabanzas

TRADUCIDO DE LA SECCIÓN «EL GRAN SÍGLO» DE
«LA COMEDIA DE LA HISTORIA»

DE J. AUTRAN

I

POR muy exagerado que nuestro elogio sea, adulación villana ó bien incienso puro, lancémoslo sin miedo cual fuera nuestra idea; que siempre, sin dudarlo, su efecto es bien seguro.

De un pueblo una erudita, enorme parletera,
—¡Qué gusto fuera el mío, á Fontenelle decía,
alabar vuestras obras en alta voz doquiera;
¡pero ayl que las mejores no he visto todavía.

—No importa, la repuso, hacedlo cada día

II

Barthe, el poeta, un día, que era hijo de Marsella, á un joven tuvo en casa versado en los autores de Roma esclarecida, de Grecia siempre bella, que le enseñó unos versos de Barthe con loores.

En ellos le llamaba el *vencedor* sublime de Ovidio, de Bion y de otros vates ciento.

—Vencedor, dijo el viejo, aunque el favor estime, *rival* me pareciera mejor á vuestro intento.

—Muy bien, dijo el novicio, ante la nota aquella; pondré *rival*, el cambio es cosa de un instante.

Entonces de repente el hombre de Marsella, rascándose la oreja, le dijo vacilante:

—Si vencedor parece palabra algo ambiciosa, la juzgo preferible; porque es más armoniosa.

ADOLFO DE LA FUENTE.

La leyenda de Azenor

TRADICIÓN BRETONA (1)

I

ALGUNO de vosotros, hombres de mar, ha visto en lo alto de la torre que se levanta junto á la orilla, en lo alto de la torre de Armor, doña Azenor puesta de hinojos?

—Puesta de hinojos la hemos visto, señor, en la ventana de la torre; pálidas estaban sus mejillas, su vestido era negro, y su corazón, no obstante, parecía sereno.»

II

Un día de verano habían llegado los embajadores de la casa más noble de Bretaña; los vestidos que llevaban eran amarillos; de plata eran los arneses y pardos los fogosos corceles.

El centinela, desde que les vió venir, acercóse al rey y le dijo:

(1) El sabio folk-lorista vizconde Hersart de la Villemarqué consideraba muy fundamentalmente este hermoso poemita popular obra del siglo sexto.

«He aquí doce caballeros que suben, ¿hay que abrirles las puertas?

—Ábranseles de par en par, centinela, y que sean dignamente recibidos; cúbranse inmediatamente de mantos las mesas. Magnífico sea el recibimiento que se les haga.

—De parte del hijo de nuestro rey venimos, señor, á pedirte la mano de tu hija; á pedirte con el mayor respeto la mano de tu hija Azenor.

—La mano de mi hija se la entrego muy complacido. Es alto y hermoso; hermosa y alta es asimismo mi hija, dulce, además, como un pajarillo y blanca como la leche.»

El obispo de Ys consagró la boda, cuyas fiestas duraron quince días; durante quince días de banquetes y danzas no descansaron un punto los tocadores de harpa.

«Hermosa esposa mía, ¿os parece bien, ahora, que partamos ya para mi casa?

—Como os plazca, gallardo esposo; donde vos iréis allá iré yo gustosa.»

En cuanto la madrastra la vió llegar pensó morir de envidia: «¡Desde hoy aquí todo el mundo va á deshacerse en obsequiar á esta mosquita muerta!

Todo el mundo prefiere las llaves nuevas á la viejas, y sin embargo, las viejas suelen servir mejor que las nuevas!»

Unos ocho meses habrían transcurrido cuando la madrastra dijo al gallardo esposo:

«¿Sufriríais, hijo mío, que os echaran á la puerta? Pues andad con los ojos muy abiertos, porque lo que no os ha sucedido hasta ahora va á sucederos muy pronto. Velad por vuestro honor... y preservad vuestro nido de las asechanzas del cuclillo.

—Si vuestro consejo es leal, señora, la adúltera será aherrojada inmediatamente; aherrojada en la torre de Armor y quemada viva al tercer día.»

III

Cuando el anciano rey, el padre de Azenor, supo tan infausta nueva, lloró abundantemente y se arrancó sus nevados cabellos: «¡Desgraciado de mí! ¡he vivido demasiado!»

Entonces fué cuando el anciano rey, rey sin ventura, preguntó á los marineros que llegaron á sus playas:

«No me ocultéis nada, marineros: mi hija ¿ha sido ya quemada viva?

—Vuestra hija, señor, no ha sido quemada todavía, pero lo será mañana. La hemos visto en lo alto de la torre de Armor y la vimos ayer mismo á la caída de la tarde. Ayer mismo, á la caída de la tarde, la oímos cantar y, sabedlo, señor, cantaba con voz muy serena, y dulcemente cantaba: «¡Apiadaos, apiadaos de ellos, Dios mío!»

IV

Aquella mañana Azenor caminaba hacia la hoguera, descuidada como un corderillo; su vestido era blanco, descalzos estaban sus pies; su rubia cabellera flotaba sobre sus hombros.

Mientras Azenor, la pobrecilla, iba acercándose á la hoguera, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, todos repetían: «Es un crimen, un crimen horrendo, quemar viva una mujer que está próxima á ser madre.»

Todos sollozaban, grandes y chicos, todos menos la madrastra:

«No es ningún crimen, —contestaba, —antes al contrario, es una obra meritoria matar la víbora y con ella su progenie.

¡Ea, soplad! ¡soplad, fuelleros! haced que la llama se extienda roja y abrasadora! —Soplemos, soplemos recio, que la llama lo devore todo.»

Pero por más que soplaban y trasudaban, la llama no se extendía; por más que trasudaban y soplaban, el fuego se extinguía antes que tocarla.

Cuando el Jefe de los Jueces vió la imposibilidad de que fuera quemada permaneció asombrado:

«Sin duda ha hechizado el fuego; ya que no hay manera de que arda, muera ahogada en el agua.»

V

«¿Qué es lo que has visto en el mar, marinero?

—He visto una barca sin remos y sin vela; por piloto lleva un ángel de pie con las alas extendidas.

He visto, mar adentro, una barca, y en ella una mujer con su hijo recién nacido junto á su blanco pecho como una palomita junto á una nacarada concha.

La mujer no se cansaba de besar sus hombros desnudos y le cantaba con voz dulcísima:—¡Duerme, duerme, niño bendito; duerme, pobrecillo!

Si tu padre pudiera verte, hijo mío, ¡cuán orgulloso estaría de tí! ¡mas ay, que jamás ha de verte!... Tu padre, pobre hijo mío, está perdido para siempre.»

VI

El pánico que reina en el castillo de Armor jamás reinó en otro castillo alguno; el pánico y la consternación reinan en el castillo: la madrastra está agonizando.

«Junto á mí veo el infierno abierto de par en par, hijo mío; en nombre de Dios acorredme; ¡acorredme que estoy condenada!... Vuestra esposa, sabedlo, era una santa; obra mía fué su deshonor.»

Apenas hubo hablado estas palabras, he aquí que todos vieron una serpiente armada de un dardo y silbando, deslizarse de su boca, morderla y ahogarla.

Horrorizado su hijastro huyó del castillo; huyó lejos, muy lejos; recorrió tierras y mares y preguntaba por Azenor en todas partes.

Había buscado ya su esposa en el Oriente, habíala buscado en el Occidente; la había buscado asimismo en el Norte y en el Mediodía.

Hasta que finalmente desembarcó en la Isla grande (1). Un muchachuelo jugaba en la playa junto al agua y se entretenía en recoger conchas marinas.

Sus cabellos eran rubios, azules sus ojos, azules como el mar, azules como los de Azenor; tanto que, al verle, el corazón del bretón se estremeció profundamente.

«¿Quién es tu padre, niño? dime quién es.

—No tengo más padre que Dios; tres años hace que perdí aquel que lo era. Mi madre se echa a llorar cada vez que piensa en ello.

—Y ¿quién es tu madre, niño? ¿quién es y dónde está?

—Es lavandera, y está allá bajo donde veis aquellos manteles tendidos.

—Vayamos los dos á reunirnos con ella.»

Tomó por la mano al niño y se dejó guiar por él; dirigiéronse al lavadero y andando, andando, he aquí que la sangre hervía en la mano del hijo puesta en contacto con la del padre.

«Madrecita, levántate y mira: aquí está mi padre á quien acabo de encontrar; aquí está mi padre que llorabas perdido, ¡bendito sea Dios mil veces!»

Y bendijeron mil veces á Dios, que es bueno y que devuelve el padre á sus hijos; y alegremente emprendieron el regreso á la Bretaña.

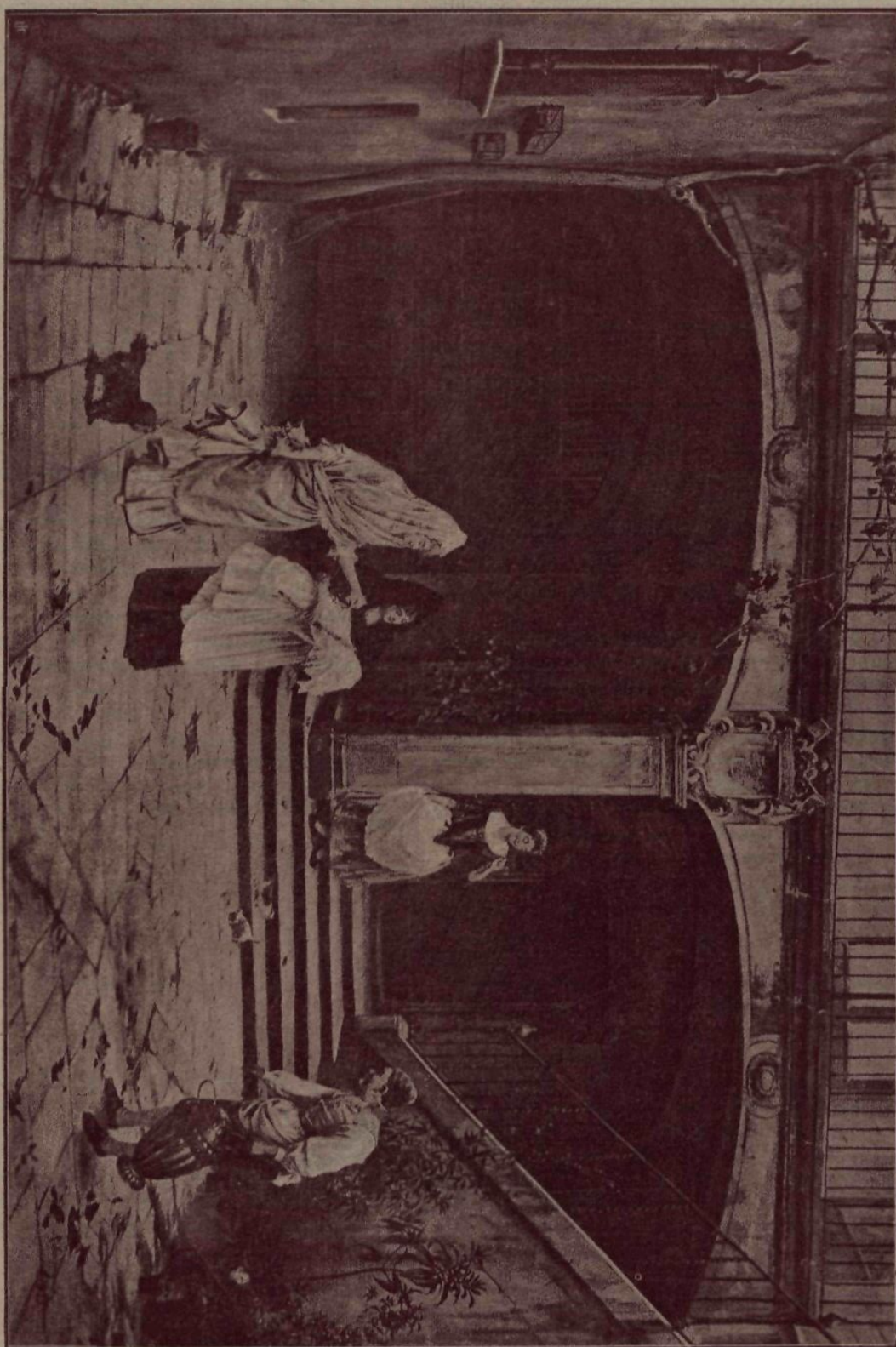
¡La Trinidad proteja á los navegantes! (2)

A. M.

(1) La Gran Bretaña, ó la Islandia, según los legendarios latinos; Irlanda, según Alberto el Magno.

(2) Lo único que á esta poética tradición puede añadir la historia es que el padre de Azenor fué Audren, jefe de los Bretones Armoricanos, muerto hacia el año 464, y que su hijo, el gracioso niño que aparece al final del poema, fué Budok, á quien la piedad popular canonizó al igual que á su madre.





SALIDA A MISA
CUADRO DE RAMIRO LORENZALE



LA LEYENDA DE AZENOR.—ACUARELA POR APELES MESTRES



Vista de Palma

VIAJE A LAS BALEARES ⁽¹⁾

MALLORCA

BARCELONA, á bordo del vapor *Cataluña*, á las cinco de la tarde, Octubre de 1888.

Levamos anclas; el piloto manda la maniobra; el buque marcha suavemente, y deja atrás la entrada del puerto.

La brisa del sudeste riza apenas la tersa superficie del mar.

El sol camina á su ocaso en medio de rojos celajes, y sus rayos, iluminando la hermosa ciudad, doran la parte superior de los edificios más elevados; los mástiles de los buques surtos en las tranquilas aguas del puerto; los octógonos campanarios de Santa María del Mar, y la colosal figura de Cristóbal Colón, cuya estatua, levantada sobre gigantesca columna, domina la bahía, indicando con su derecha los espacios infinitos del horizonte.

Dejé á Barcelona en plena Exposición. Había pasado dos días en esta encantadora ciudad, cuyas calles llenaba una muchedumbre inmensa, comunicándole vida, animación y desusada alegría.

Cierra la noche en tanto que avanzamos en nuestro viaje, y apoyado en la borda del buque, sigo con la vista la estela fosforescente que va á desvanecerse en la sombra misteriosa de las costas de España, en las cuales algunas vagas claridades revelan á duras penas la populosa ciudad que acabamos de dejar. Permanecí sobre cubierta gran parte de la noche; presencié la salida de la luna, y sumido en profundo arrobamiento contemplaba sus argentados

reflejos en las aguas sombrías y salobres, en tanto que repetía mentalmente las bellas estrofas del poeta catalán Jacinto Verdaguer, en el canto VI de su inspirado *Canigó*:

Qué bonica n' es la mar,
qué bonica en nit serena!
De tant mirar lo cel blau,
los ulls li blavejan.

Hi devallan cada nit
ab la lluna les estrelles,
y en son pit, que bat d' amor,
gronxades se bregan.

Poco antes de rayar el alba, habiendo aumentado un poco el movimiento, por hallarnos en el golfo, abrí los ojos, y á través del ventanillo del camarote pude distinguir las accidentadas costas de la isla de Mallorca, la *Balearis Major* de los romanos.

Era noche aún: la elevada silueta de la isla se perfilaba vagamente sobre el cielo pálido; las estrellas brillaban con tenue claridad, y el buque seguía su derrota en medio del silencio de la noche.

Pasado un rato subí á cubierta, donde supe por el marinero de cuarto, que antes de tres horas estaríamos en Palma.

Llegamos á la altura de la Dragonera, islote peñascoso y escarpado en cuya cima se eleva un faro, y atravesamos el estrecho canal (el Trión) que separa este peñasco de la tierra, teniendo á uno y otro lado abruptos acantilados.

De la costa arrancan promontorios cortados á pico, de considerable altura, que forman pequeñas ensenadas de bizarras formas, en el fondo de las cuales se distinguen rústicas habitaciones, cabañas de pescadores, perdidas en medio de ese desierto de rocas.

Cuando el tiempo es duro y la mar está agitada, se hace muy difícil la navegación á lo largo de este paso, por

(1) El autor del viaje que empezamos á publicar en el presente número de LA VELADA, es M. Gastón Vuillier. Nos hemos limitado á traducirlo, sin que esto quiera decir que participemos de algunos juicios y apreciaciones que sugieren al autor los cuadros que contempla y las escenas que describe, en general bastante ajustados á la verdad y sin los espejismos que suelen caracterizar á los escritores franceses, cuando se ocupan en cosas de España. (Nota del Traductor).

lo mismo que hacia su centro se halla sembrado de peli-
grosos arrecifes.

El lado sudoeste de la isla, que seguimos hasta el cabo
Calanguera, es sumamente accidentado y árido, y está
lleno de bajos y de precipicios.

Entramos en la bahía de Palma en el momento en que
salía el sol, cuyos rayos inundaban de luz la capital de
Mallorca, su catedral, sus edificios, sus monumentos
que recuerdan el estilo árabe, y sombrean cimbreadas
palmeras, y sus casas, blancas como la nieve, que se desta-
can vigorosamente sobre el azulado fondo de las montañas,
envueltas aún en la tenue neblina de la mañana, en tanto
que las aspas de algunos molinos de viento, alineados á lo
largo de la costa, giran con la mayor rapidez.

Estamos en el puerto: los muelles ofrecen gran ani-
mación, pues la llegada del vapor constituye una de las
mayores distracciones para los habitantes de la ciudad.
Numerosas lanchas rodean el buque; ligeras *galeras* mar-
chan á todo el correr de sus mulas ó caballos; todo es vida
y animación en este cuadro esplendente de luz, bajo un
cielo azul, puro, diáfano, transparente.

En cuanto salté del buque, tomé asiento en una de las
galeras que en corto tiempo me condujo á la *fonda*.

Acababa de dejar el Mediodía de Francia, donde, des-
pués de un verano sofocante, y vario por demás, durante
el cual no fueron pocos los días que nos vimos privados
de la luz del sol, había visto fríos, sombríos los primeros
días de Octubre. En Palma me encontré con el calor y el
cielo brillante de los hermosos días de estío. No hay, pues,
para qué decir que, apenas instalado, me eché á la calle
á fin de disfrutar los encantos de aquella risueña mañana,
y hacerme cargo del aspecto general de la ciudad.

Las calles estrechas, para evitar los inconvenientes del
calor, estaban animadísimas, influyendo en ello la cir-
cunstancia de ser domingo, con cuyo motivo, mallor-
quines y mallorquinas, gentes del pueblo y soldados, se
dirigían á misa llamados por las campanas de las iglesias.
Muchas de las calles estaban tapizadas de follaje y adorna-
das de verdura; en los balcones y ventanas se veían
colgaduras rojas recamadas de oro, y se hacían preparati-
vos para iluminarlas durante la noche.

La causa de todo ello eran las fiestas religiosas y popu-
lares con que iba á celebrarse la canonización del beato
Alonso Rodríguez, que hacía cien años había sido beati-
ficado.

De pronto llamó mi atención un anuncio en el cual
se leía en grandes caracteres:

PLAZA DE TOROS DE PALMA

GRAN CORRIDA

LA SEÑORA MAZANTINA

CAPEARÁ, BANDERILLEARÁ Y MATARÁ UNO DE LOS TOROS

En Palma entienden perfectamente la manera de em-
plear el tiempo: entre la misa y la procesión, la corrida.

A eso de las tres ocupaba yo mi asiento en la plaza...
Un público numeroso é impaciente, que llenaba las gradas
del inmenso circo, gritaba hasta desgañarse, bajo los
esplendores rayos del sol, en tanto que el movimiento
de los abanicos sembrados de lentejuelas de oro de las que
se hallaban en los palcos, agitados sin cesar, producían
un efecto deslumbrador.

Al cabo de un rato, y después de los preliminares
propios de todas las corridas, abrióse de par en par la
puerta del *toril*, y apareció por ella una joven, la señora

Mazantina en persona, que, como rezaba el anuncio, debía
desempeñar el peligroso oficio de *toreador*.

Debo confesar que nunca había sentido el asco é indig-
nación que me produjo el bárbaro espectáculo á que asis-
tía. Aquella muchedumbre, embriagada á la vista de la
sangre, gesticulaba y rugía como una bestia feroz, en tanto
que el pobre animal lanzaba mugidos de dolor, cada vez
que sentía el aguijón de las *banderillas* que dilaceraban
sus carnes; y aquella mujer, cubierta de mortal palidez,
que ponía más de manifiesto su negra cabellera, cubierta
de oropeles, procuraba tomar una apostura valerosa y de-
cidida, que contrastaba con su actitud, hasta tanto que,
cediendo á no sé qué sentimiento de orgullo, impropio de
su sexo, irguióse sobre el caballo que montaba para atra-
vesar con su lanza al toro maltrecho y por todas partes
acosado.

Arrastrados por las mulillas, en derredor de la plaza,
en medio de la gritería de la muchedumbre, los tres toros
que terminaron su vida á manos de la *espada*, saltó á la
arena el cuarto, que era el último de la corrida.

Después de las suertes acostumbradas, y de haber en-
sangrentado sus ijares con las agudas *banderillas*, adelan-
tóse para dar cuenta de él la señora Mazantina.

El estoque, sostenido por su mano temblorosa, se des-
vió, y el toro arremetió á la malhadada mujer: en un abrir
y cerrar de ojos rodaron ambos por la arena. No quise
ver más, y me salí de la plaza tristemente impresionado
por tan repulsivo espectáculo.

Aquella noche supe que aquella señora había sido sa-
cada sin sentido del redondel, pues el toro, sin fuerzas ya,
no había tenido empuje para herirla mortalmente.

Quando dejé la *Plaza de Toros*, las campanas de todas
las iglesias y capillas de Palma (me dijeron que son treinta
y seis las que existen en la ciudad), echadas á vuelo
anunciaban con sus repiques que comenzaba á salir la
procesión que debía verificarse para honrar la memoria
de san Alonso Rodríguez.

Marché en pos de aquella multitud que, después de
haber asistido al bárbaro espectáculo de la corrida, iba á
postrarse devotamente ante la imagen del Dios que enseña
á ser buenos y humanos.

Las calles estaban adornadas con damascos, con rama-
je, con luces y con flores, viéndose en ellas numerosos
cuadros en los cuales se hallaban representados los pasos
más importantes de la vida del santo que se festejaba, co-
locados en altarcillos en que debía detenerse la procesión,
y que, si bien dejaban no poco que desear en el concepto
del arte, en cambio estaban de sobra iluminados con cirios
y lámparas, y rodeados de flores y verde follaje. Los tapi-
ces y colgaduras eran más numerosos que durante la
mañana; veíanse en todas las aberturas, por insignifican-
tes que fueran, y las puertas desaparecían bajo verdaderos
haces de palmas. La calle estaba alfombrada de flores y
plantas aromáticas. De pronto llenó el espacio cercano
rumor de cantos que se confundían con los armoniosos
sones de las músicas: la muchedumbre se estremeció, y
alineándose agrupada á uno y otro lado, dejó la calle libre
y expedita para que por ella pudiera discurrir la pro-
cesión.

Por encima de la cabeza de los graves *maceros* del
Ayuntamiento, que abrian la marcha, distinguíanse nu-
merosas figuras ó efigies de santos, de escultura pobre,
pintadas con colores chillones, y con ojos de vidrio des-
mesuradamente abiertos, que, conducidas en andas por
cuatro hombres, emergían triunfalmente sobre los ricos
adornos de las calles, bamboleándose y ejecutando varia-



Los maceros del Ayuntamiento

dos movimientos, al compás del andar de los portantes. Muchas de ellas ostentan un símbolo religioso; pero las más un ramo de flores artificiales. En cuanto á la Virgen, para mayor honra, lleva á la mano un rico pañuelo, y sobre su cabeza una enorme corona de metal dorado, que oscila según el movimiento de los que sobre sus espaldas la sostienen.

Seguía en pos la efigie de san Alonso Rodríguez, labrado en cera, de tamaño natural, encerrada en una urna de cristales, con el rostro enjuto y macilento, propio de un cadáver, y las manos demacradas, apergaminadas y amarillentas, cruzadas sobre el pecho.

Las lindas y coquetuelas mallorquinas, con el rosario en la mano, se santiguaban devotamente, no siendo obs-



Dama palmesana

táculo su profunda devoción para que lanzaran á hurtadillas ardientes miradas á la pollería que las rodeaba.

Pasaron unos en pos de otros, cofradías, asociaciones de hijas de María, corporaciones religiosas, y por último, numerosa clerecía, presidida por el obispo, que con su capa magna, su argentada mitra y el simbólico báculo, por su edad avanzada marchaba penosamente, inundado de sudor, cerrando la comitiva una música excelente, que llenaba el espacio de sonos alegres y regocijados.

Y dí por tan bien aprovechado este mi primer día pasado en Palma, que llegada la noche y en cuanto me levanté de la mesa, sólo pensé en ganar la cama para descansar de mis fatigas, hijas de las múltiples y variadas emociones que durante el mismo había experimentado. No logré, con todo, conciliar el sueño, sin pensar en las causas que influyen en que esta región, separada del continente europeo por el breve espacio de 160 kilómetros, y cuyo carácter singular y especial fisonomía habrían de ser causa poderosa de grandísimo interés, sea punto menos que desconocida, cual si se hallara á distancia prodigiosa. Se explica fácilmente.

Los puertos de las Baleares, cuyo comercio no es cosa

mayor, no son puntos de escala, ni lugar de refugio en días de tempestad, que no son raros en estos parajes, para los buques de alto bordo que surcan el Mediterráneo, que en casos apurados, y cuando no pueden pasar por otro punto, se acogen únicamente á la seguridad que les ofrecen la bahía de Palma y el puerto de Mahón. Resulta de esto que para visitar estas islas, debe hacerse un viaje expresamente, aprovechando los medios que ofrecen los vapores que hacen viajes semanales á los puertos de Barcelona y Valencia, únicos puntos de contacto entre España y las Baleares. De los frágiles barquichuelos por cuyo medio se sostiene un limitado comercio de vinos y naranjas con la costa del Mediodía de Francia, no hay para qué hablar, pues de fijo no ha de acudirle jamás á viajero alguno aprovechar tan incómodo medio de locomoción.

C. V. DE V.

(Continuad).

NUESTROS GRABADOS

En la orilla

CUADRO DE MODESTO TEXIDOR

¿Quién no ha visto en alguna costa escenas parecidas á la que ha pintado Modesto Texidor en este cuadro? Los chicos que viven á orillas del mar se pasan las horas jugando cabe las olas. Viven en el agua salada y encuentran en ella una atracción y un encanto irresistibles. Como es natural, procuran imitar á los mayores, y cuando no pueden haber á mano siquiera un esquife ó una falúa para ensayarse en el remo, aguzan el ingenio y utilizan su destreza en hacer barquichuelos, ya primero con corteza de pino, ya luego con madera más fuerte, á la cual dan forma á puro de tiempo y de paciencia. Hecho ya el casco, viene luego el armar los palos y el velamen, lo que da origen á nuevos trabajos. Todo lo vence la perseverancia, y los chicos de marina logran al fin con ella armar unos barquitos que ya copian un falucho ó una balandra, ya llegan á ser imagen en pequeño de un bergantín goleta y hasta de una fragata de tres palos. La vela latina, empero, se lleva sus aficiones y les va mejor para que el barco pueda navegar por un espacio reducido de la costa, y mejor por las lagunas que en ciertos puntos se forman ó por las pequeñas ensenadas. Modesto Texidor se ha inspirado en una de estas escenas para componer y pintar un cuadro que rebosa verdad, que tiene aire popular y en el cual se advierte además un delicado sentimiento de la naturaleza.

Salida á misa

CUADRO DE RAMIRO LORENZALE

El asunto de este cuadro no necesita leyenda ni casi explicación ninguna. No habrá quien lo vea que no lo adivine al instante, porque dicen con claridad las dos figuras que ocupan el centro que una de ellas sale á misa de parida y que la acompaña la comadrona llevando al tierno infante y la simbólica hacha. Hizo Ramiro Lorenzale más linda la pintura colocando la acción á fines del siglo pasado ó principios del actual, en aquellos tiempos en que imperaba todavía en España la típica mantilla y en que la peineta algo pronunciada, sin llegar á la exageración de otros días, la realzaba elevando algo el peinado. Airosas son las dos figuras de la madre y de la comadrona, esta última joven también, probablemente bisoña en el oficio. Dibujadas con elegancia, delicados todos los detalles del vestido, incluso asimismo las ricas mantillas del recién nacido, hábilmente agrupadas, puede afirmarse que llenan todo el cuadro, sirviéndoles de marco la escenografía elegida también con sumo gusto y dando más variedad á toda la escena las dos figuras de personajes de escalera abajo, tratadas también por el artista con suma maestría. Salida á misa es un cuadro que reclama un gabinete lujoso y más que lujoso alhajado y decorado con exquisito buen gusto.



Las materias que se han empleado como instrumentos de cambio son muy distintas según los pueblos; así vemos que la sal ha servido de moneda en la Abisinia, el bacalao en Terranova, ciertas conchas llamadas *cauris* en las Maldivas y en varias regiones de la India y del África, los granos de cacao en Méjico, el cuero en Rusia hasta el reinado de Pedro el Grande, etc., etc. Sin embargo, casi en todas partes se ha convenido en emplear para este uso los metales, y hoy día se entiende generalmente por moneda las distintas piezas de metal que sirven como instrumento general de cambio. Los metales más comunmente empleados son el oro, la plata y el cobre con más ó menos aleación.

Sin embargo, los lacedemonios emplearon durante mucho tiempo el hierro, y los rusos han acuñado durante algunos años monedas de platino. A veces el papel sustituye á las monedas y toma el nombre de papel moneda.

Existen distintas clases de monedas. Las reales ó efectivas, que son de oro, plata ó cobre, con libre curso en el comercio á las cuales el Estado les da un valor determinado; las imaginarias que no tienen existencia real y que se usan, ya por efecto de antiguas costumbres, ya para facilitar las cuentas fundándolas en una base fija y siempre invariable: tales son, por ejemplo, las libras esterlinas en Inglaterra, los reales de vellón en España, los reis en Portugal, la libra de banca (*pfund*) en Prusia, el rublo de cuenta en Rusia; las de convención, monedas metálicas en circulación en algunos Estados y ciudades por un contrato particular, como, por ejemplo, en Alemania los florines, las piezas de 30, 20 y 10 kreuzer, etc. Por último existen también las monedas llamadas obsidiales ó de necesidad, y así se denominan aquellas que en determinadas circunstancias se ven obligadas á acuñar las ciudades sitiadas, á fin de suplir las especies que no pueden recibir de fuera.

El origen de la moneda se remonta á la más lejana antigüedad. Sus primeros inventores parecen ser los egipcios. En la Biblia sólo se habla de monedas (*ciclos*) en la época del viaje de Abraham á Egipto. Entre los griegos, la invención de la moneda se atribuía á los Sidias ó á Phidín, rey de Argos, en el siglo ix antes de J. C. Las primeras monedas griegas llevaban grabada la figura de un buey; más tarde, figuras simbólicas particulares de cada región; así, por ejemplo, las de Delfos representaban un delfín, las de Atenas un mochuelo, etc., etc. En Roma el tipo empleado en el as era en el anverso la cabeza de Jano y en el reverso la proa de un buque. Entre los modernos, las monedas representan generalmente la efigie del soberano reinante.

La unidad monetaria en Grecia era el dracma, que valía 93 céntimos, las monedas de más valor eran la mina ó 100 dracmas, el talento de plata, 60 minas, y el talento de oro, que valía 10 talentos de plata. Como moneda de menos valor que el dracma había el óbolo, cuyo valor era de unos 15 céntimos.

La moneda más importante en Persia era de oro y se llamaba dárico, cuyo nombre procedía de Darío de Media, que fué el primero que la mandó acuñar.

En Roma las primeras monedas fueron de cobre, de tierra cocida y hasta de madera pintada. Servio Julio hizo acuñar la primera moneda de plata en 269 antes de J. C. Las más antiguas tenían grabada la figura de un animal (*pecus*), de ahí (*pecunia*), y las más conocidas son: el as, cuyo valor era muy variable; el sextercio ó *nummus*, que valía 2 ases y medio; el dinero (*denarius*), que valía cuatro sextercios ó sean 10 ases, y el *aureus* ó *solidus*, 100 sextercios ó sean 250 ases.

En la Edad Media reinó gran confusión en la moneda á causa de su inmensa variedad. La facultad de acuñarla reservada antes á los reyes perteneció á los señores feudales y hasta á simples abades. Luis XIV puso término á este desorden estableciendo la unidad en el sistema monetario.

Un bibliomano compró un libro á un precio exorbitante.

—Muy caro es, le dijeron.

—Sí, pero también es un libro muy raro.

—¿Y si lo reimprimen?

—¡Quí! si lo reimprimiesen, nadie lo compraría.

Un estudiante fué á bañarse al río, y por poco se ahoga. Asustado del peligro que había corrido dijo á sus camaradas que juraba no volver á meterse en el agua sin haber aprendido á nadar!!

En un gabinete de lectura de Londres, fijó su dueño el siguiente aviso, que no fuera malo reproducir en nuestros gabinetes: *Los concurrentes que deletrean ó que se duermen leyendo, no podrán tomar más que los periódicos atrasados.*

El abate de Larolles publicó una pésima traducción francesa de los Epigramas de Marcial; y Menage, al mandar un ejemplar del libro á la encuadernación, encargó al encuadernador que pusiese en el lomo: *Epigramas contra Marcial.*

Un provenzal fué á despedirse (en Marsella) de un amigo diciéndole que se iba á París, donde quería hacerse retratar al óleo (*à l'huile*). — Pues entonces, te aconsejo, le dijo el amigo, que te lleves el aceite de aquí, porque en París todo lo hacen con manteca.

En todos los libros de secretos se aconseja emplear una ascua dentro de una cuchara de plata, y un pliego de papel de estraza que se aplica encima para absorber las substancias que producen las manchas de cera y de bujía. Este procedimiento no es bueno, porque da más extensión á la mancha y no la extrae del todo. Así, pues, es más útil, para quitar esta clase de manchas, emplear el alcohol muy puro, ó en su defecto el aguardiente muy fuerte; se frota la mancha y se la deja empapar un instante dentro, y muy luego se la ve caer en polvo, haciéndola desaparecer inmediatamente por medio de una ligera frotación.

El mejor modo de limpiar las garrafas, frascos y otros utensilios de vidrio y de cristal es el siguiente: fórmese de papel de anafea (papel basto) unas bolas más ó menos gruesas á discreción, las que se hacen entrar en el vaso que se quiere limpiar, echando en el agua jabón algo caliente. Agítense fuertemente el vaso volteándolo en todos sentidos: vacíese luego todo lo que se había metido y enjuáguese bien con agua fría.

El que come el pan solo, también solo tendrá que arrastrar los sinsabores de la vida.—PROVERBIO TURCO.

La más diminuta gota de agua unida al Oceano no se seca.—SAS RYA—PANDITA.

Dos pedazos de leña seca encienden un pedazo de leña verde.—PROVERBIO HEBREO.

Con un vil metal, el esmeril, se comunica el brillo al diamante. No insultéis á los malvados, porque pueden contribuir al perfeccionamiento de vuestras virtudes.—PENSAMIENTO CHINO.

Mentiroso será el que repita lo que oye decir.—PROVERBIO TURCO.

Las campanas pequeñas suenan á menudo más que las grandes.—PENSAMIENTO CHINO.

Es preciso buscar la belleza y el bien por el mismo camino.—PLOTINO.

Un millón de lágrimas no pagan una deuda.—PROVERBIO CHINO.

Si los hombres buscan la virtud, están seguros de encontrarla; pero prefieren buscar las riquezas y los honores que dependen de los demás y que es muy posible no alcancen nunca.—MENG-TSEU.

El pesar, el placer, la alegría y la tristeza no tienen punto fijo donde poder detenerse. Hay quien piensa morir de alegría al obtener un primer empleo y más adelante habiendo ascendido al desempeño de altas dignidades ha muerto de dolor por no haber podido alcanzar la primera de todas.—PENSAMIENTO CHINO.

A veces el que está lejos es más útil que el que está cerca.—PROVERBIO ÁRABE.

El que está contento de sí mismo, descontenta á mucha gente.—PROVERBIO ÁRABE.



Solución á la charada anterior:

CHA-LU-PA

Solución al logogrifo numérico:

ROMANCE

Solución á la combinación:

DÁDALE ARROZ Á LA ZORRA EL ABAD
DÁDALE ARROZ Á LA ZORRA EL ABAD

REFRAN DISPERSO



Empieza en el signo x y termina en el .

CHARADA TRUNCADA

Primera, no siendo cie.,
puede hacerlo desde lue.;
Una dos la religio..
lleva como casta espo..
y dos cinco le salpi..
á quien virtud mortifi..
Cuatro dos corta el barbe..
y hasta lo esquila el cabre..
Dos cuatro es gloria españo..
que se recomienda so..
Y la quinta empieza esca..
en cantata buena ó ma..
El todo, lector queri..
podrás haber comprendi..
pues consueña sin traba..
con la firma de aquí aba..

PARALELEPÍPEDO.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---------------------------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | Pueblo de la provincia de Santander. |
| 7 | 8 | 5 | 6 | 4 | 6 | 2 | 9 | | Los hombres después de mucho trabajo. |
| 7 | 8 | 6 | 2 | 5 | 6 | 2 | | | Lo son los circos. |
| 6 | 4 | 5 | 8 | 7 | 2 | | | | Necesario en el mundo. |
| 6 | 2 | 3 | 2 | 7 | | | | | Resultado de una defunción. |
| 5 | 4 | 6 | 2 | | | | | | Lo que hacen los pájaros. |
| 7 | 8 | 8 | | | | | | | Animal. |
| 9 | 4 | | | | | | | | Nota musical. |
| 6 | | | | | | | | | Consonante. |

J. M.^a L., de Vendrell.

TERCIO DE SÍLABAS

.....
.....
.....

Búsquense tres nombres propios, dos de varón y uno de mujer, de modo que, leídas las sílabas vertical y horizontalmente, den el mismo resultado.

R. MONTES.

COMPANÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Obligaciones

Celebrado en el día de hoy el 8.º sorteo para la amortización de obligaciones de la Compañía, según se dispone en la escritura de emisión de las mismas, ha correspondido la suerte á las 16 bolas números 98, 136, 446, 467, 767, 1,008, 1,040, 1,042, 1,172, 1,230, 1,277, 1,437, 1,439, 1,479, 1,600 y 1,693.

En su consecuencia quedan amortizadas las 160 obligaciones números 971 al 980, 1,351 al 1,360, 4,451 al 4,460, 4,661 al 4,670, 7,661 al 7,670, 10,071 al 10,080, 10,391 al 10,400, 10,411 al 10,420, 11,711 al 11,720, 12,291 al 12,300, 12,761 al 12,770, 14,361 al 14,370, 14,381 al 14,390, 14,781 al 14,790, 15,991 al 16,000 y 16,921 al 16,930.

Con arreglo á lo que previene la referida escritura de emisión se hacen públicos los antecedentes datos para conocimiento de los interesados, que podrán percibir, desde el día 1.º de Julio próximo la cantidad de 500 pesetas por cada una de las obligaciones amortizadas.

Desde el mismo día se satisfará el importe del cupón n.º 8 de todas las obligaciones emitidas, tanto de las amortizadas en este sorteo como de las no amortizadas.

El pago del valor de la amortización y del cupón se verificará en el domicilio de la Sociedad, Rambla de Estudios n.º 1, bajo, en la sección de Contabilidad, desde las 9 hasta las 12 de la mañana, mediante la presentación de los títulos de las obligaciones á las que ha correspondido la amortización en este sorteo y del cupón n.º 8 respectivamente. Antes de proceder al cobro, se servirán suscribir los Sres. obligacionistas las facturas que se les facilitarán gratuitamente para este efecto en las mismas oficinas, y verificado el pago de las obligaciones amortizadas y del cupón n.º 8 se procederá en el acto á su inutilización.

El pago, tanto de los cupones como del importe de las obligaciones amortizadas, tendrá lugar durante los 20 primeros días del mes de Julio y transcurrido este plazo los lunes y jueves de cada semana á las horas indicadas.

Se recuerda á los Sres. obligacionistas que, según se anunció oportunamente, al verificarse el pago del cupón se deducirá de su importe el 3'69 % en cumplimiento de las disposiciones vigentes sobre contribución industrial y de comercio.

Barcelona, 15 de Junio de 1893. — El Secretario General, CARLOS GARCÍA FARIÁ.

VIDA
DE
SAN JOSÉ
POR EL
P. CHAMPEAU
Misionero
con los trabajos de las más importantes misiones católicas
DADO LA ILUSTRACIÓN DEL
F. D. José Hildebrando Gatell

Esta edición monumental va adornada con magníficos grabados en sus páginas, y se reparte por cuadernos de cuatro en trece al precio de 25 céntimos de peseta la entrega. La obra completa cuesta 30 pesetas.

Ha curado á otros, le curará á usted.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca. Lowell, Mass., U.S.A. La venden los farmacéuticos y libreros en Medicina.

ayuda á la digestión, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedad. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendación parece ser su "fama". Las medicinas excelentes y de confianza no pueden obtenerse á bajos precios; y sólo se venden al por mayor á un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economía el tomar la Zazzaparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en gran escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Zazzaparrilla del Dr. Ayer

Limpia la Sangre con la Zazzaparrilla del Dr. Ayer, que es el alfiler de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escorrión, divertidos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los trastornos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la



CRISTOBAL COLON

SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. JOSÉ MARIA ASENSIO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles, tales como: BALACA, CANO, JOVER, MADRAZO, MUÑOZ DEGRAIN, OUTEGO, PUEBLA, ROSALES, SOLER.—Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagan.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica. — Puerto del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.